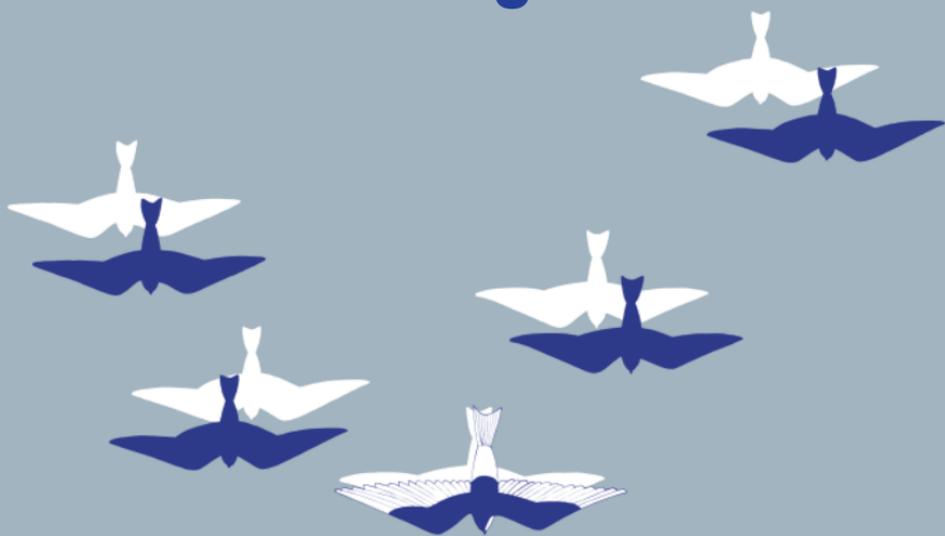


Javier Vicedo Alós

Cuando caiga la nieve



**PROGRAMA DE DESARROLLO DE DRAMATURGIAS ACTUALES
DEL
INSTITUTO NACIONAL DE LAS ARTES ESCÉNICAS Y DE LA MÚSICA**



Cuando caiga la nieve

Javier Vicedo Alós (Castellón, 1985)

Es autor de los poemarios *Fidelidad de una sombra* (Ed. Pre-textos, 2015), *Ventanas a ninguna parte* (Ed. Pre-textos, 2010) y *La última distancia* (Ed. Puerta del Mar, 2010). Con sus obras poéticas ha obtenido el Premio de Poesía Joven RNE (2010) y el Premio de Poesía Bancaja de Creación (2007). Como dramaturgo fue merecedor del Premio de Teatro Calderón de la Barca 2014 por su obra *Summer evening* (Ed. Centro de Documentación Teatral, 2015). Fue residente de la Fundación Antonio Gala para jóvenes artistas. Su obra poética ha sido traducida al italiano y al francés.

Javier Vicedo Alós

Cuando caiga la nieve



© Javier Vicedo Alós

© *De la presente edición:*

Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música

Diseño y maquetación:

Vicente Alberto Serrano

Ilustración de cubierta:

Marta Muñoz

NIPO: 035-16-080-0

V Programa de Dramaturgias Actuales

El Programa de Dramaturgias Actuales llega ya a su quinta edición como una consolidada plataforma para la proyección y promoción del trabajo de nuestros jóvenes dramaturgos. En estos años el proyecto ha confirmado que nos encontramos ante una excelente generación de escritores que en muy poco tiempo ha alcanzado una extraordinaria madurez y una gran calidad creadora, como lo demuestran los diferentes galardones y el aplauso con que el público ha recibido sus trabajos.

Desde el Instituto Nacional de las Artes Escénicas y de la Música (INAEM) nos sentimos orgullosos de la puesta en marcha de este programa y reafirmamos nuestra apuesta por la promoción de la escritura dramática contemporánea, con el apoyo de otras importantes iniciativas, como la Muestra de Teatro Español de Autores Contemporáneos de Alicante –que ya ha alcanzado su XXIV edición–, y la concesión del Premio de Teatro para autores noveles Calderón de la Barca.

A este esfuerzo por respaldar los primeros pasos de las nuevas generaciones de autores debemos añadir también los diferentes proyectos impulsados desde el Centro Dramático Nacional (CDN) –unidad dependiente del INAEM–, entre otros, el programa *Escritos en la escena*, enmarcado en el proyecto de investigación teatral del Laboratorio Rivas Cherif, y el programa *Dramatourgias*, un conjunto de talleres de teatro español contemporáneo impartidos por jóvenes dramaturgos que el CDN organiza junto a la AECID por diferentes países de Latinoamérica.

Además de estas actividades, conviene también destacar el acuerdo suscrito recientemente por el INAEM y la Biblioteca Electrónica del Instituto Cervantes, una iniciativa que facilitará el acceso de un mayor número de ciudadanos nacionales y extranjeros a textos significativos de la dramaturgia española contemporánea que hayan sido llevados a escena en el CDN y que no estén publicados previamente en ninguna editorial comercial.

A los 23 autores incluidos en las cuatro ediciones anteriores del Programa de Dramaturgias Actuales, se suman en esta nueva promoción cinco nombres que reflejan el momento de especial pujanza y variedad que vive la dramaturgia actual. Con orígenes y miradas diferentes, nos atrevemos a asegurar que Paco Gámez, Almudena Ramírez-Pantanella, Lucía Miranda, Javier Vicedo Alós y Roi Vidal, sabrán aprovechar el impulso de esta iniciativa. Que el mundo del teatro y el público conozcan y celebren próximamente la calidad de los textos de nuestros jóvenes escritores es el objetivo de este programa.

INAEM

Cuando caiga la nieve

Para Edouard Pons

*Y ahora
vamos a contemplar la nieve
hasta caer agotados.*

Basho

1.

Como un avión de papel que planea torpemente, o como un pájaro herido por un cazador, así llega al escenario un boomerang. Cae rápido, sin retorno, el truco no ha funcionado. Vuelve a lanzarse otro boomerang desde alguna parte. El mismo fracaso. Aún se lanzará un tercer boomerang. No, tampoco esta vez funciona. Los boomerangs descansan en el centro del escenario como pájaros recién abatidos.

2.

CHICO JOVEN.- Sólo hay que prestar atención al cielo.

Enormes bandadas de aves.

Cada otoño lo mismo.

Forman grandes uves en el cielo, como si supieran nuestro alfabeto.

Vienen de tierras septentrionales, allí se aparean durante el verano aprovechando que los días son más largos. La luz hace que puedan buscar más alimento, más alimento hace que puedan tener más crías. ¿Parece sencillo, no?

Cuando vuelve el frío se van hacia el sur, hacia otros rincones del mundo más cálidos. Siguen buscando comida, la comida que la nieve sepulta silenciosamente en el norte.

Siempre están moviéndose. Siempre tienen un viaje pendiente. Es algo genético, está programado, metido no sé sabe cómo en sus cabezas diminutas. O se mueven o no sobreviven.

¿Y nosotros?, ¿nos pasa lo mismo a nosotros?

Vuelan en uve porque ahorran energía volando juntas, piensan en la eficiencia. Tienen un sentido positivo de comunidad.

Cuando éramos pequeños mi madre nos llevaba al

campo para ver los grandes grupos de aves migratorias. Podría decirse que la primera letra que aprendí fue la «uve», apenas tenía cuatro años. Nos llevaba sólo para eso, era una mujer peculiar. Nos llevaba al campo y nos tumbábamos sobre los hierbajos. Hijos —decía—, mirad cómo vuelan. Todos los años hacen lo mismo, repiten exactamente la misma ruta, miles y miles de kilómetros año tras año.

Era rara, supongo que también especial. Aquello pasado un rato era insoportable. ¿Crees que a un niño lo puedes tener más de cinco minutos en el campo mirando unos putos pájaros?

Generalmente terminaba peleándome con mi hermano. Se enfadaba, siempre acababa diciendo que no volveríamos al año siguiente.

Pero era mentira, al año siguiente volvíamos. Como si ella necesitara también hacer lo mismo que esos pájaros.

Hace mucho tiempo que no voy al campo. Desde que ella murió.

Fue jodido, se la llevó un cáncer hace tres años.

Creo que fue una buena idea. Soltamos allí sus cenizas, en el mismo lugar donde nos tumbábamos de pequeños a observar la migración de las aves.

Mi hermano y yo pensamos que eso era lo que le habría gustado.

Hay gente que hace cualquier cosa con las cenizas de sus familiares.

Conocí a un tío que trabajaba en una ONG. *Humana* o algo así.

Esa ONG tiene contenedores en los que la gente puede tirar la ropa que ya no quiere. Después esa ropa la mandan a países más pobres supuestamente para estimular el comercio interno.

Los contenedores están en la calle, así que cualquiera puede dejar allí su ropa. Sin embargo, mucha gente tira cualquier cosa: comida, papel, electrodomésticos... piensan que es un basurero, que los pobres quieren su puta basura, que quieren lo que ellos tiran con cierto asco.

Ese tío me dijo que un día encontraron una prótesis, una pierna de mentira. ¿Quién coño tira eso? ¿O quién tira una caña de pescar? ¿O un peluquín?

Pero podían encontrar cosas más extrañas aún. Un día alguien había tirado una urna funeraria, una puta urna con cenizas. Alguien había decidido tirar a su madre o a su padre en un contenedor de ropa usada.

Me pregunto qué tiene que hacer una madre para acabar en un contenedor.

Creo que lo hicimos bien con mi madre, la dejamos donde ella quería: en un sitio bonito, en un sitio donde el mundo se renueva, aunque sea siempre del mismo modo.

3.

HIJA.- «Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles?» Nos dijo el agente.

¿Cómo empezar? ¿Cómo se empieza a contar algo así?

«Nos han robado, agente. Nos han robado algo muy preciado».

No, no eran joyas, no eran cuadros o muebles antiguos que pasan de generación en generación, no. Ojalá hubiera sido eso, o dinero, podían haberse llevado todo el dinero que quisieran, bueno, mejor dicho, todo el dinero que tengo, se lo habría dado. ¿Pero esto?

«Mire, agente, nuestro padre falleció el mes pasado... Gracias... Bueno, la cuestión es que a nuestro padre le gustaba mucho el mar. Él había pasado varios veranos de su infancia en Torremolinos. Iban allí porque una hermana de su madre tenía un chalet muy grande. Mi padre se acordaba mucho de aquellos veranos. Imagino que suponían para él una especie de paraíso perdido... Cada verano iban todos los primos y pasaban los días jugando en la playa... Sí, sí, agente, ya voy a los hechos... Perdone, estoy nerviosa, entienda que no es fácil para mí... »

Pueden robarte a un padre. Alguien puede llegar y

robarte el recuerdo de tu padre. Se roban también recuerdos ¿Para qué? ¿Qué hace alguien con un recuerdo que no le pertenece?

«Sí, agente, nos han robado a mi padre... bueno, las cenizas de mi padre. Pero es todo lo que me quedaba de él... Esta mañana alrededor de las nueve estábamos cargando el coche, nos preparábamos para ir a Torremolinos, queríamos esparcir allí los restos de mi padre, dejarlo cerca de sus veranos favoritos, de sus mejores días...»

«Mi hermano y mis dos hijos no vieron nada. Me había olvidado los bocadillos arriba, unos bocadillos de tortilla que había hecho temprano... ya, ya... Bueno, así que subí a por ellos, cuando regresé la urna ya no estaba. Pensé que ya la habrían guardado, pero cuando les pregunté dónde la habían dejado me miraron extrañados. Ellos no la habían tocado, ellos ni siquiera se habían dado cuenta de que dejé la urna en la acera junto al coche».

Nadie estaba mirando los restos de papá, todos los desatendimos por unos instantes, todos estuvimos por unos segundos muy ocupados haciendo nuestras malditas cosas de vivos.

Me siento muy culpable por ello. Pero cómo iba a imaginar...

«Sí, agente, estoy absolutamente segura de haber dejado la urna junto al coche, en la acera... En la calle Hilarión Eslava, a la altura del número veinticinco».

Mi hermano perdió los papeles, comenzó a gritarme,

la gente nos miraba. Supongo que no entendían nada. «¿Dónde has dejado la urna de papá?! ¿Dónde coño has dejado la maldita urna?!».

Mi hermano es un hombre con mucho temperamento, no es mala persona, pero las situaciones tensas lo desquician, lo vuelven un ser muy irascible.

Todos estamos muy afectados, me puse a llorar.

«Sí, había mucha gente en ese momento en la calle, pero no sé si alguien vio algo. Nadie nos dijo nada... ¿La urna? Sí, podía llamar la atención, era muy bonita... negro mate con un pequeño dibujo... unos pájaros, creo. Sí, era grande, más o menos así».

Compramos una de las urnas más caras en el tanatorio. Me pareció muy bonita, y mi padre la merecía. Sé que él habría escogido la más barata, todo aquello no le gustaba, ya en el entierro de mamá se quejó de todo el dinero que según él nos sacaron. Le parecía que los que trabajaban allí eran todos unos *carroñeros* hijosdeputa.

«Es un caso peculiar. Es un objeto que no suele ser sustraído. Puede que alguien lo haya robado pensando que se trataba de un jarrón valioso... Si alguien lo ha sustraído es posible que se haya deshecho de él pronto. Quizás al ver las cenizas haya dejado el jarrón en cualquier parte, bueno, la urna... Sí, sí, claro. Vamos a dar un aviso a las patrullas de la zona por si acaso vieran algo».

Mientras aquel policía hablaba me asaltó el miedo, ¿y si habían tirado las cenizas en cualquier parte al darse cuenta de que era una urna funeraria? ¿Y si lo tiraron

sin contemplaciones, sin entender quién estaba ahí dentro, cuál había sido su vida, dónde hubiera querido acabar? ¿Y si lo tiraron como se tira cualquier cosa? Hala, fuera, ya está, y cenizas al aire.

Siento que hemos abandonado a nuestro padre, que nunca descansará si no lo encontramos, al menos no en mi cabeza...

«Aunque no debería decírselo, les recomiendo de todos modos que pongan carteles. Es probable que alguien lo haya visto en alguna parte... Gracias, agente. Eso haremos».

¿Qué va a pasar con mi padre?

Era ateo, le enfadaba cualquier cosa que tuviera que ver con la religión. Creo que era una cuestión de vértigo. Cuando era pequeño, su padre, que era el campanero del pueblo, le obligaba los domingos a subir con él a la torre de la iglesia para ver cómo tañía las campanas.

4.

Vemos un hombre vestido con un esmoquin blanco. Nada sobresale del cuello de la camisa. No hay cabeza, un hombre puede acabarse en el cuello de su camisa. Lleva sombrero y gafas de sol. Sí, ya sabemos que es difícil de entender, pero más adelante lo entenderemos perfectamente. Tiene un aspecto ridículo, en su cara no vemos su expresión de pobre hombre porque es imposible, no tiene cabeza, pero sólo por eso. Trata de comportarse como una persona normal, hace gestos que todos hacemos, saludar, pedir la cuenta en un bar, llevarse la mano a la boca al toser... pero él no es como todos, él no es una persona del todo normal, él no tiene cabeza, eso no podemos obviarlo.

5.

LIMPIADOR.- Fabián y Carlos. No creo que sean malas personas, pero a veces a mí me tratan como si fuera tonto. Yo no digo que sea el hombre más inteligente del mundo, pero no soy tonto. Y soy muy trabajador, muy responsable.

Ellos no sé si trabajan tanto.

Sólo digo que a veces no me tratan con mucho respeto.

Imagino que uno de los dos los encontró y llamó al otro para ver qué hacían. Y como siempre que tienen algo desagradable delante de sus narices, acabaron acudiendo a mí.

Fabián estaba con los pies sobre la mesa, la mesa que yo tengo que limpiar cuando ellos abandonan la oficina. «Oye, Ramirito, hemos encontrado una cosa muy extraña en los contenedores», me dijo.

Yo pensé a ver qué nos encontramos esta vez, quizás un peluquín o una caña de pescar o incluso una pierna de mentira —como ya ocurrió hace algún tiempo—, pero lo cierto es que no imaginaba que fuera a aparecer algo tan valioso sentimentalmente.

«Es una urna funeraria, Ramiro... ¿Una urna? No puede ser, ¿con cenizas adentro?... Sí, Ramiro, una urna funeraria con su muerto adentro».

Parece que se reían, yo creo que les hacía gracia la situación. A mí no me hacía ninguna gracia, creo que hay que respetar a los muertos, son seres que ya no pueden protegerse, seres que han pasado a otra vida, a veces con mucho dolor.

Cuando se fueron me quedé en silencio un rato, sin moverme, no sabía bien qué hacer.

¿Y qué podía hacer yo? Ahí adentro había una persona que había fallecido. «Tíralo donde creas conveniente», me habían dicho. No podía deshacerme de aquello así como así.

No iba a tirarlo en cualquier parte.

Así que me llevé la urna. Cerré la oficina después de limpiar todo y me la llevé. Aún no sabía qué iba a hacer con las cenizas, pero desde luego no las iba a tirar en cualquier parte.

Todos merecemos un final digno.

6.

Vemos de vuelta al hombre vestido con un esmoquin blanco. Del cuello de la camisa ha emergido una cabeza. Su sombrero y sus gafas de sol están tiradas por el suelo. Lo vemos contraerse, grandes arcadas le hacen arquear todo el cuerpo. Tras varios intentos, finalmente vomita. La primera función que le asignamos por tanto a su cabeza es la función de vomitar. Tiene una cabeza y es útil para vomitar.

7.

HIJA.- Tengo la sensación de que todo el mundo se muere de cáncer.

¿Hay alguien que no se haya muerto de cáncer?

Mi padre se murió de cáncer de pulmón, pero antes se había muerto su esposa, es decir, mi madre, de cáncer de hígado.

Y antes de eso yo ya había visto a todos mis abuelos morir de cáncer: uno de garganta, otro de páncreas, la abuela Regina de un tumor cerebral, la otra... ay, no me acuerdo de qué fue el cáncer de la abuela Lourdes, pero bueno, da igual, también fue cáncer. Y si me pongo a enumerar los tíos y los tíos abuelos...

Lo que quiero decir es que cuando nos dijeron que mi padre tenía cáncer no me sorprendió nada. Desde hacía mucho tiempo sabía que algún día nos dirían eso.

Mi padre era el peor enfermo posible, no aceptaba su enfermedad, quería hacer cualquier cosa como si no tuviera un cáncer que lo estaba vaciando por dentro.

No le entraba en la cabeza. Salía a la calle él solo cuando apenas se sostenía en pie, se marchaba en coche a provincias que no conocía, se iba a casa de algunos amigos a beber vino...

Nos dio algunos sustos muy gordos. Una vez nos llamaron desde el hospital porque lo habían recogido desmayado en mitad de la calle con la cabeza abierta. Unas señoras lo habían encontrado y habían llamado al SAMUR. Menos mal que aquellas señoras llamaron.

En el hospital mi hermano casi lo mata. Ellos se parecían mucho, así que discutían constantemente. Ese día casi nos echan del hospital porque los insultos se escuchaban por toda la planta.

Sufrió mucho, el pobre... Nunca quiso aceptar que se iba a morir.

Dos días antes de fallecer, estando en la cama sin poder moverse porque prácticamente ya sólo le quedaban huesos, me dijo «oye, cariño, llama a tu hermano y dile que me lleve al *Chelsea*».

El *Chelsea* era un puticlub al que por lo visto solía ir con frecuencia desde que se murió mi madre.

Cuando le conté a mi hermano lo que me había dicho me respondió «papá ya no sabe ni dónde tiene el pito, ponle una película porno a ver si se queda dormido y deja de decir gilipolleces».

Nunca se entendieron.

Sin embargo la muerte de papá le ha afectado mucho a mi hermano. Nunca imaginé que lo quería tanto en realidad.

La última frase de papá fue elocuente. «Hija, no se te ocurra traerme a un cura porque a quien enterraremos hoy será al cura».

Odiaba tanto todo lo que tuviera que ver con la religión...

Una hora después se murió.

8.

LIMPIADOR.- Mientras caminaba hacia casa se me ocurrió que podría tirar las cenizas en algún sitio bonito. Seguramente la persona que estaba ahí adentro era lo que quería, un buen final, un final decente.

No sé si aquella persona no tenía amigos o familiares, si era mala o buena persona, pero en todo caso me parece que todos merecemos irnos de este mundo con algo de dignidad y no abandonados en un contenedor cualquiera.

Así que cuando llegué a casa las dejé en el mueblecito del salón donde tengo los retratos de mi familia.

Extraño especialmente a mi madre.

Se quedó en Ecuador.

Es ya muy mayor y me da miedo no volver a verla.

No hay día en que no me acuerde de su cara cuando le dije «me voy a España». Algo se rompió en ella. Como si de golpe ella hubiera envejecido veinte años.

Y fue la primera vez que dudé, que visualicé la posibilidad de su muerte como algo real y cercano. La primera vez que no tuve fuerzas para decirle «no te preocupes».

Me sorprendió. Esas cenizas de repente significaban mucho, una sensación extraña de familiaridad se había

apoderado de mí.

Quizás estaba muy solo.

Esa noche me costó dormir.

Muchos rostros lejanos venían a mi cabeza. Volvían como queriendo decirme algo.

Al amanecer, antes de que el sol se levantara sobre todos los edificios, cogí las cenizas y subí hasta la azotea del edificio donde vivo.

La decimoséptima planta.

Subí andando, por alguna razón me parecía más emotivo subir poco a poco las doce plantas que me separaban de la azotea que subir en el ascensor.

Cuando llegué arriba estaba amaneciendo y a mí me faltaba el aire.

El cielo estaba claro, el sol apenas había comenzado a asomarse por el horizonte. Una bandada de aves cruzaba el cielo formando una gran flecha. Se escuchaba algún graznido suelto.

Me acerqué hasta el extremo de la azotea y recé.

«Dios te salve, María...»

Cuando acabé la oración entregué a aquella persona, fuera quien fuera, al aire del amanecer.

Allí estaban las cenizas de aquel hombre, bueno, no sabía si era un hombre, allí estaban las cenizas de aquella persona flotando sobre la ciudad cuando el sol apenas había comenzado a despuntar.

Pienso que un final así le habría gustado a cualquiera:

en la altura, bendecido... Un final digno, para irse en paz de este mundo.

La ceniza caía trazando círculos en el aire como si fuera nieve. Yo nunca había visto la nieve hasta llegar a Madrid. Recuerdo que aquel día me sentí el hombre más solo del planeta.

Cuando me quise dar cuenta se me había escapado una lágrima.

Pensé en mi madre otra vez.

«Me voy a España»

Al llegar a casa me lavé las manos y desayuné.

9.

HOMBRE SIN CABEZA.- Trabajo diez horas frente al Palacio Real todos los días de la semana. Da igual si llueve, si nieva o si hace un calor insoportable. La cosa no está para bromas.

Antes el negocio iba bien, últimamente hay demasiada competencia. Me parece también que los turistas ya están muy acostumbrados a nuestros trucos.

Efectos de la globalización.

Antes podían tirarte una moneda de un euro o incluso de dos, ahora te tiran diez céntimos, veinte...

Una ilusión óptica. El secreto es sorprender, descolocar al espectador, que no entienda lo que está pasando.

Mi cabeza está escondida dentro de un esmoquin blanco. Saliendo del cuello de la camisa hay un alambre muy fino que sostiene un sombrero y unas gafas de sol.

De modo que la gente ve a alguien que camina muy elegante con sombrero y con gafas de sol pero sin cabeza.

Soy el Hombre Invisible.

Los niños suelen ser los que más disfrutan conmigo y sienten la necesidad de acercarse hasta mí.

Algunos se ponen a llorar. Aunque no siempre porque se asusten, a veces es porque sus padres no les dejan pararse a jugar conmigo.

A mí no me gustan los niños, pero son los que más ayudan al negocio.

Antes había un control, éramos pocos en esto. Últimamente hay un montón de tipos con sus trucos de mierda. No hay mercado para tantos.

Hay un cabrón... va vestido de motorista. Parece que la moto y él vuelan. No acabo de entender muy bien cómo lo hace. A la gente le encanta, es la estrella del Palacio.

He visto algunos turistas que le han llegado a dar billetes de cinco euros.

¡Un billete!

Nos ha jodido al resto. Ni Mickey Mouse, ni Astérix, ni la gitana que baila, ni Michael Jackson ni yo. Da igual lo que hagas. Todos quieren al jodido motorista.

Esa mañana iba de camino al trabajo. Estaba preocupado, llevaba un par de semanas muy malas. Y entonces lo vi, un jarrón precioso en mitad de la acera. Tenía pinta de ser carísimo, así que lo cogí, lo vi claro -yo que nunca veo nada claro, imagínate, llevo la cabeza metida dentro del esmoquin diez horas al día-.

A veces llego a casa y me duele muchísimo la cabeza de forzar tanto la vista.

Es duro tener que mirar siempre el mundo a través de la tela de una camisa.

Lo más duro es cuando ves a una mujer guapa. Uno quisiera descubrir su rostro y decirle algo bonito. En lugar de eso tienes que permanecer escondido y contentarte con una monedita.

Muchas veces las mujeres guapas no miran.

Así que lo vi claro. Lo cojo y lo vendo en la casa de empeños de mi amigo Raulito.

Ellos estaban entretenidos metiendo cosas en el maletero del coche. Así que cogí el jarrón y eché a correr.

Corrí durante cinco minutos por si alguien me seguía. Me metí por calles que no había visto antes. Mientras corría notaba que algo en el interior del jarrón se agitaba, era como correr con una maraca en las manos.

Cuando por fin paré en una pequeña calle en la que no había nadie, vomité.

Hacía tiempo que no corría tanto, creo que con los nervios y el esfuerzo me había dado una lipotimia.

Me acordé de Astérix, un día de verano también le dio una lipotimia y tuvimos que quitarle la parte de arriba del disfraz. Estaba ridículo dentro de ese traje enorme, parecía una de esas muñequitas rusas que van dentro de otra muñeca más grande. ¿Katuskas? ¿Stolishnayas?... Bueno, da igual, ésas.

Cuando recuperé un poco el aliento miré el interior del jarrón, quería saber qué había ahí. Y joder, cuando lo vi no lo podía creer.

Había robado a un muerto.

Me cagué en todo. Yo que no había robado nunca y

resulta que la primera vez que me decido a hacerlo me llevo a un muerto. Perfecto, un golpe maestro.

¿Qué iba a hacer? No podía devolver las cenizas. Eso me habría complicado más aún la vida. Dejé la urna donde pude, en el primer sitio donde vi que no se rompería.

Era un contenedor de ropa usada, así que imaginé que estaría blandito abajo. La urna debió quedar intacta.

Después me fui a trabajar, como todas las mañanas. No pude dejar de pensar en todo el día en lo que había hecho.

La gente debió notar que estaba distraído, que mi personaje no era convincente ese día, sólo gané dos euros y pico en toda la jornada.

Claro que me arrepiento. Pero bueno, tampoco es tan grave, unas cenizas no son nada, esa persona ya está muerta. Yo no la he matado ni nada por el estilo.

Si no fuéramos tantos y el cabrón de la moto se fuera a otro sitio no tendría que haber hecho una cosa así.

Estoy buscando un nuevo truco, creo que he quemado mi personaje.

Una ilusión óptica que ha perdido la ilusión.

CHICO JOVEN.- Todo está en movimiento, todo necesita renovarse. Pero yo no me muevo, yo no soy capaz de que se renueve nada a mi alrededor.

Llevo veintiséis años viviendo en la misma ciudad. Nunca he dejado Madrid, nunca tuve valor para hacerlo.

Aquí hice la carrera.

Aquí busqué trabajo.

Aquí me ofrecieron todos los trabajos imaginables.

Aquí fui incapaz de aguantar más de tres meses en cualquier puesto de trabajo.

Y aquí he renunciado a buscar trabajo.

No entiendo qué me ata a la ciudad. A veces siento como si alguien me hubiera anclado los pies al asfalto ¿Es miedo? ¿Es miedo lo que no nos permite caminar más allá de la rutina? ¿O es sólo pereza? ¿O la falta de imaginación?

Mi madre... bueno, eso, murió; mi hermano... mi hermano nunca ha sido un apoyo; la mitad de mis amigos se fueron del país; ¿y lo que la gente llama amor?, la única relación seria que he tenido acabó cuando me di cuenta de que esa relación en absoluto era sólo una relación de dos personas.

No soy celoso, pero me gusta que me digan cómo son las cosas. Necesito confiar en la gente, no quiero rodearme de desconocidos, no quiero creer que estoy con alguien que en realidad no es ese alguien.

Pero la gente rara vez parece lo que es, todos tienden a ser otra persona. Supongo que nadie se soporta a sí mismo.

No guardo rencor, imagino que yo también resulto decepcionante, que yo también soy otra cosa.

Mi madre había vivido en Londres cuando era joven. De Inglaterra se trajo tres cosas: la seguridad de que nunca aprendería a hablar inglés, quince kilos más y un marido que resultó ser otra cosa.

Yo también debería irme, romper con todo esto.

No me gusta Madrid, no me gusta una ciudad en la que no puede verse el cielo. Es necesario ver el cielo, es necesario saber que somos una mierda en mitad de la nada, es necesario ver la distancia.

En Madrid la gente se siente poderosa, cree que habita un lugar donde ocurren todas las cosas. Es solo una cuestión de perspectiva, de distancia. Basta salir treinta kilómetros de Madrid para darse cuenta de que la ciudad es sólo una nube de polvo y ruido en mitad de un desierto.

Pienso mucho en la distancia, la distancia justa para que las cosas aparezcan tal y como son.

Hay cosas que debemos tocar para saber cómo son, otras sin embargo exigen que nos alejemos, que nos alejemos mucho.

Para entender quién era mi madre hizo falta que se alejara todo cuanto era posible, que se muriera. En la cercanía doméstica, en el compartir una mesa cada día, fui imposible saber quién era mi madre.

Quisiera coger distancia, irme de aquí, irme de mí mismo. Quizás así consiga empezar a vislumbrar quién soy realmente.

Cuanto más cerca estoy de mí mismo menos entiendo. Es como mirar una parte del cuerpo de muy cerca, uno no podría decir de qué parte se trata.

Tengo que irme, todos los días me lo digo. Y me acuerdo entonces de los pájaros que mi madre quería que viéramos cuando éramos pequeños. No sé si esa era una lección para nosotros o una terapia para ella misma. Pero me acuerdo de esos pájaros. Me acuerdo de la flecha que formaban en el cielo marcando una dirección.

11.

HOMBRE SIN CABEZA.- Nieve, fundamentalmente lo que me viene a la cabeza es nieve.

Y el llanto sordo de mi mujer, bueno, de mi ex mujer.

Yo la miraba a los ojos, quería entender, pero era imposible leer algo en esa mirada.

Nieve, caía nieve también allí adentro. Dos pantallas blancas, dos vacíos, dos silencios incommensurables.

Nunca se supo por qué lo hizo.

Era un tipo tranquilo. Tenía sus hobbies y sus cosas, nada raro, todo bastante normal.

Pensaba a menudo en él.

Lo imaginaba avanzando con dificultad entre la nieve, decidido a hacer algo que nadie sospechaba.

Me preguntaba por qué y ella también debía preguntárselo.

Parece que nos sintiéramos obligados a contestar, a llenar todos los huecos que él dejó sin responder.

Nieve era todo lo que teníamos, un relato de nieve.

Entonces yo no lo entendía, pero hoy creo que entiendo bien lo que hizo el viejo. Creo que hay gestos o movimientos que no tienen una explicación concreta. Sé bien de qué hablo. De repente uno esco-

ge un camino –un camino que quizás nunca había pensado– y sin saber por qué va hasta el final de ese camino. Y hay una fuerza en él, una especie de convicción o locura tenaz, que lo arrastra hasta el final.

Creo que él sintió que ése era el camino y se dejó llevar. Como si todo estuviera escrito en algún borrador invisible.

La nieve hizo el resto.

Y el silencio, todo el silencio del mundo.

Años después yo también emprendí un camino que parecía escrito en alguna parte, aunque no pudiera explicarlo.

Quizás todos somos parte del mismo silencio.

O algo así

12.

HIJA.- Llama al tanatorio, 9156735... y di que has perdido las cenizas de tu padre, que necesitas una foto de la urna en la que metieron sus restos para poder pegar carteles en la calle. Siente la humillación, porque aunque al otro lado aparenten seriedad, «Oh, sí, señora, entendemos», sabes que se están riendo de ti, que piensan que eres idiota. Y no les falta razón, eres idiota. Te sientes humillada porque te has humillado a ti misma. Al dolor de perder un padre ahora súmale la vergüenza de ser hija, de ser una hija de mierda.

No como ellos, mis hijos son buenos. Me ayudaron con los carteles, saben que esto es importante para mí, que necesito cerrar la herida.

Ellos son altos y fuertes, bueno, yo los veo altos y fuertes, no sé si son tan altos y fuertes, pero son jóvenes y tienen energía y quieren a su madre. Aunque hace mucho tiempo que no me dicen «te quiero». Tienen una edad mala para las muestras de afecto. He leído muchos libros sobre adolescentes, ahí se aprenden muchas cosas de los hijos. No sé por qué la gente cree que esos libros no valen para nada. Aunque en realidad la gente no lee nada, casi todos son unos ignorantes.

Hemos empapelado el barrio entero. Si alguien vio o sabe algo es imposible que no se tope con alguno de los carteles. Mires adonde mires hay carteles.

Me estoy volviendo un poco loca, desde que colgamos los carteles sólo miro el móvil, me cuesta concentrarme en el trabajo porque tengo la mirada fija en esa pantallita. A veces se ilumina, pero cuando descubro que es sólo un mensajito estúpido me dan ganas de lanzar el móvil contra la pared.

«Sonríe, hoy será un gran día».

¿Sonríe? Que sonría tu madre, yo no estoy para sonrisas.

Pero me contengo, la contención es muy importante, sobre todo en momentos tan difíciles. Ya podría contenerse este tiempo asqueroso, desde que colgamos los carteles ha llovido cinco veces, el martes, el miércoles, el viernes...

Parece que alguien se obstina en que todo salga mal últimamente.

No creo en la mala suerte, pero a veces parece que alguien conjura contra nosotros. Que no llueva más, y que llamen, por favor. Que llamen de una vez, alguien tiene que saber algo. ¿No habéis visto los cartelitos o qué?

Hemos ofrecido una pequeña recompensa, se le ocurrió a uno de mis hijos. Creo que no es mala idea, ¿si no por qué iba a querer la gente ayudarnos?

Nadie tiene tiempo para los otros, hace falta una motivación y el dinero es la mejor motivación.

13.

HOMBRE SIN CABEZA.- Un día en mitad del trabajo comenzó a nevar muy fuerte, tanto que tuvimos que correr todos a refugiarnos a la cafetería más cercana.

La gitana que baila flamenco, Michael Jackson, Ásterix, Mickey Mouse, el tío de la moto que vuela y yo, el Hombre Invisible.

Como las mesas estaban ocupadas tuvimos que sentarnos en la barra, cada uno con su disfraz.

Jamás había sentido con tanta intensidad que estaba en un sitio que no me pertenecía.

La gente nos miraba y se reía. Supongo que nunca habían visto tantos hombres disfrazados en la barra de un bar.

Fue la primera vez que hablé con el tío de la moto.

Aunque ya lo odiaba por ser el tío que más éxito tenía, la falta de espacio en la barra y su mirada verdaderamente amable me hicieron responderle cuando me preguntó cuánto llevaba haciendo de Hombre Invisible.

Le mentí, no sé por qué, pero le dije que mi padre ya había sido Hombre Invisible, y también mi abuelo. Que éramos una saga, que lo llevábamos en la sangre, y que yo sólo respondía a los caprichos de la genética.

Y ahí debería haberme callado. ¿Para qué preguntar algo que en realidad no quería saber?

«¿Y tú, cómo llegaste al truco de la moto?»

«Un hobby, es simplemente un hobby».

Eso me dijo el muy hijo de puta. Que él trabajaba para una agencia de publicidad y ganaba muy bien, pero que trabajaba desde casa y a veces sentía que le faltaba el aire, entonces necesitaba salir a la calle a volar un rato.

Así lo dijo, «a volar un rato».

Resulta que ese hijo de puta que nos quitaba el sustento a todos los artistas de la Plaza de Oriente hacía aquello por pura diversión, no por necesidad.

El tío tenía su trabajo y ganaba bien, pero decía que no había nada que lo hiciera tan feliz como ver a la gente con cara de asombro.

«Desafiamos la realidad y eso es lo que desea todo el mundo. ¿Hay algo mejor?»

Después de decir eso sentí el deseo de matarlo allí mismo, en la barra de aquella cafetería. En lugar de ello, miré hacia afuera y salí a la calle a ver si la nieve me sepultaba.

Me acordé inevitablemente del padre de mi ex mujer.

Aquel viejo que nunca había levantado ninguna sospecha ya nos había indicado cómo desaparecer entre la nieve. Sólo había que dejar que el silencio entrara lentamente en uno.

14.

CHICO JOVEN.- No sé por qué mi padre nunca nos acompañaba al campo. Aquellos días de pájaros íbamos solos con mi madre.

No recuerdo si ponía alguna excusa o no, o si ni siquiera necesitaba ponerla, pero sí recuerdo que se quedaba tirado en el sofá viendo la tele y bebiendo vino y que a mí me daba lástima verlo así.

A veces tenía la sensación de que mi padre era el hombre más aburrido y más silencioso del mundo. Como si tuviera la cabeza metida dentro de algún sitio que lo separara de todos.

Recuerdo que una vez nos regaló un boomerang. No sé de dónde lo sacó y por qué pensó que ese cacharro podría divertirnos. Pero unas semanas después nos lo llevamos al campo para jugar con él. Creo que entendía que sus hijos a los cinco minutos de ver pájaros estaban ya hartos y necesitaban algo para distraerse.

Supongo que debió regalarnos más cosas aquellos años, balones, tirachinas y cosas así, pero yo sólo me acuerdo del día que nos regaló el boomerang.

En nuestra imaginación ese trozo de madera se podía mandar a miles de kilómetros y hacer que luego volviera. Lo habíamos visto en muchos dibujos animados, salía de la Tierra, daba una vuelta a la Luna y volvía después al afortunado que lo había lanzado.

Pero mi hermano y yo fuimos incapaces de hacer que volviera.

Pasaban los minutos, los intentos fallidos, las carreras para ir a recogerlo, y según iban pasando y acumulándose nosotros íbamos cargándonos de odio. Toda nuestra esperanza depositada en su vuelta se acabó convirtiendo en una fuerza ciega contra él.

Aquel día estuvimos a punto de dejarlo allí tirado, pero fue mi madre la que lo recogió y nos dijo que nuestro padre se pondría muy triste si veía que habíamos perdido su regalo.

Así que el boomerang volvió, pero simplemente a casa para quedarse siempre en un armario.

15.

HOMBRE SIN CABEZA.- Volvía cabizbajo, dándole vueltas a la situación. «No puedo seguir así, esto no lleva a ninguna parte...». La gente me mira por la calle, le sorprende ver a un hombre con un traje tan estúpido como el mío. Yo, en lugar de mirarlos con desprecio, siento ganas de volver a meter la cabeza dentro del traje, de esconderme.

LIMPIADOR.- Serían las 7 de la tarde. Comenzaba a oscurecer, era esa época del año en que los días se van acortando y cada vez cuesta más entrar a trabajar con buen ánimo.

HOMBRE SIN CABEZA.- Es como si me hubiera acostumbrado durante estos años a vivir escondido, como si así fuera más sencillo todo. Nadie ve tu rostro, por lo tanto no eres nadie y a nadie tienes que dar explicaciones.

LIMPIADOR.- No es tan fácil volver cada día al mismo sitio, coger una fregona y limpiar todo lo que han ensuciado esas personas que se marchan cuando tú llegas.

Y se marchan sonriendo porque van a reunirse con sus familias, sus amigos o sus amantes. Y te sonríen y te hacen bromas, y tú acabas de llegar y te cuesta sonreír después de varios años en la misma situación.

Y aun así sonríes, porque hay que dar gracias de lo que uno tiene y la gente en el fondo no es mala.

HOMBRE SIN CABEZA.- No recuerdo cuánto dinero había ganado ese día, pero no lo suficiente como para comprar una buena botella de vino. Quería beberme una buena botella de vino. Antes me gustaba hacerlo.

Un cartel en la calle. Un cartel que me llama la atención.

LIMPIADOR.- Había salido del metro.

No me gusta el metro, me costó acostumbrarme a él. La primera vez que subí al metro me pareció que todo el mundo estaba deprimido, todos parecían muy tristes, sus cabezas se movían sin vida al ritmo de las sacudidas del motor. Me prometí nunca ser una de esas cabecitas que van de un lado a otro al compás de la máquina.

Había salido del metro, estaba a punto de girar la esquina de la calle que lleva a las oficinas, preparando una sonrisa lo más honesta posible y de repente lo vi, algo que me resultaba familiar.

HOMBRE SIN CABEZA.- Parecía uno de esos anuncios que pone la gente cuando pierde a su perro o a su gato y le da por llenar la ciudad de fotos de sus putas mascotas porque ya no pueden vivir sin esos bichos.

LIMPIADOR.- El jarrón... Sin duda, era el jarrón de las cenizas. Me acordé de aquel amanecer.

HOMBRE SIN CABEZA.- «Si ha visto este jarrón, por favor, póngase en contacto con nosotros».

LIMPIADOR.- «Alto valor sentimental, se ofrece dinero a quien lo recupere».

HOMBRE SIN CABEZA.- Me quedé petrificado, sin poder hablar, congelado en el espacio como si fuera el hijo puta de la moto que parece que vuela y que nos ha jodido el negocio a todos. No podía creerlo. Esa gente estaba desesperada.

LIMPIADOR.- Sentí ardor en la cara. Me había equivocado profundamente.

HOMBRE SIN CABEZA.- Y entonces por fin reaccioné, arranqué el cartel a toda prisa y me lo guardé hecho una pelota en el bolsillo.

LIMPIADOR.- Conservaba el jarrón. Lo tenía en la mesa del comedor con unas flores amarillas que le daban algo de alegría a la casa. El jarrón no lo quise tirar, era especial.

HOMBRE SIN CABEZA.- No sé por qué lo hice. Otra vez estaba huyendo, otra vez deseaba esconderme, meter la cabeza en el centro de la Tierra y no volver a sacarla nunca más. Corrí hacia casa.

LIMPIADOR.- ¿Por qué no había conservado las cenizas? Lo había hecho con la mejor intención, pero qué harían esas personas cuando les dijera que yo ya había hecho mi propio homenaje a su ser querido.

HOMBRE SIN CABEZA.- Me quedé sentando en la cocina pensando durante horas. ¿Qué debía hacer? ¿Ignorar

lo que había visto? ¿Llamar y decir la verdad? Puede que si dijera la verdad todavía fuera posible encontrar las cenizas.

LIMPIADOR.- Subí a la azotea. El decimoséptimo piso. Estaba amaneciendo. Madrid estaba hermosa. Recé por su familiar y lo lancé al aire.

HOMBRE SIN CABEZA.- Es raro, me acordé de mis hijos. Pensé que ellos jamás tendrían un problema similar. Ellos ni siquiera se enterarían el día en que yo me muriera. Un día me fui de casa y no volví a decirles nada.

LIMPIADOR.- No podían ofenderse. Se pondrían tristes, pero tenían que entender que hice lo mejor que podía hacer. No tenía forma de contactar con ellos y me preocupé de que su ser querido no acabara en una basura.

HOMBRE SIN CABEZA.- Tenía que llamar, tenía que hablar con esa gente. Ya había roto mi familia, no tenía ganas de joder otra más.

O sea, el muerto ya estaba muerto, pero yo qué sé, la gente quiere a sus muertos. Los quiere o siente la necesidad de cumplir con los ritos que acompañan a los muertos.

LIMPIADOR.- Pero los ritos son sagrados.

Es importante que aquella gente se despidiera de su ser querido del modo que ellos quisieran. Tenía el jarrón, quizás aún se pudiera hacer algo. Las cenizas no

importan tanto, importa el gesto de amor, importa una familia reunida para decir adiós.

HOMBRE SIN CABEZA.- ¿Qué son unas cenizas al fin y al cabo? Mierda, basura. Lo importante no son las cenizas, sino lo que representan.

¿Quién puede asegurar que en los tanatorios las cenizas que te dan son las de tu familiar? ¿Crees que hay alguien en la funeraria que discrimina las cenizas, que sabe que éstas son de este muerto y éstas las de este otro? Ahí debe haber una montaña de cenizas y alguien con una pala va llenando las urnas que le llegan. Y te llevas un poco de éste, un poco de aquél y un poco del otro.

LIMPIADOR.- Cada noche, mientras limpiara, vaciaría dos enormes ceniceros que están en la puerta de la oficina y que siempre rebosan de cenizas y colillas. ¡Cómo fumaba aquella gente! Bastaría con reunir esas cenizas dos o tres días.

HOMBRE SIN CABEZA.- Hice lo que tenía que haber hecho hace tiempo: quemar mi disfraz.

LIMPIADOR.- Me temblaron las piernas al vaciar el primer cenicero. Sentí que quizás estuviera ofendiendo a Dios. Pero si aquella urna llegó a mis manos y no a las de cualquier otro quizás era por algo. Dios nos manda mensajes todos los días. Puede que hubiera hecho lo correcto.

HOMBRE SIN CABEZA.- De las cenizas de mi disfraz saldría un muerto. Sin embargo, yo me sentía más vivo que nunca.

CHICO JOVEN.- Todos estos años he estado pensando qué haría si lo volviese a ver.

Es cierto que al principio lo pensaba a todas horas, pero con el paso de los años su recuerdo se fue convirtiendo en algo que sólo llegaba en momentos aislados, en momentos en que uno ha bajado la guardia y la lectura del pasado se impone.

Los primeros años todavía pensaba que sería capaz de perdonarle, lo imaginaba llegando un día cualquiera a casa, devastado, sin palabras, sin razones.

Pero pasaron los años y empecé a cargarme de odio. Toda mi esperanza depositada en su vuelta se convirtió en una fuerza ciega contra él.

Deseaba su muerte, fantaseaba con su muerte cada vez que veía a mi madre con los ojos empañados sin ningún motivo aparente. Ella nunca nos reconoció que fuera por él, pero no hacía falta.

Y tanto había deseado su muerte que llegó el momento en que llegué a creermelo que había muerto.

Comencé a hacer mi vida como si yo nunca hubiera tenido un padre, como si un padre fuera una figura innecesaria en la vida de cualquier persona; ese tío, ese concepto, ya no estaban en el mundo. Su existencia había dejado de pesar, a base de rodar la Tierra lo

había expulsado de su superficie, lanzándolo con violencia hacia el espacio. Me parece que así explicaban los griegos que la Tierra no se movía, creían que si lo hiciera todas las cosas deberían salir volando.

Y sin embargo la Tierra se movía, todo se movía constantemente y nadie salía disparado hacia el espacio.

Y cuando él ya no existía, apareció. El truco de magia llegó a su fin.

Apareció hecho un despojo, destrozado. Había tocado fondo. Llevaba cinco años malviviendo de propinas frente al Palacio Real. Era uno de esos idiotas que se disfrazan para entretener a los turistas más estúpidos, a aquellos que van a ver monumentos porque hay que ver monumentos, no porque quieran ver monumentos. Por eso basta con colocarles a un tío disfrazado de Michael Jackson para que se olviden de los monumentos.

Cuántas veces habría pasado delante de él sin saber que el gran vacío de mi adolescencia estaba ahí, a escasos metros.

Creo que todos nos preguntamos qué tipo de gente está debajo de esos disfraces.

Y era mi padre, mi padre era uno de ellos.

No levantaba la vista, no era capaz de mirarme a los ojos, era como si se hubiera acostumbrado a que nadie le mirara directamente a los ojos y ahora le hiciera daño.

Hablaba de perderlo todo, de volverse loco, de no saber qué había ocurrido.

Doce años tirados a la basura, doce años huyendo. ¿Pero huyendo de quién? Silencio, mucho silencio.

Había llegado a robar. Lo decía con vergüenza, pero también con el convencimiento de que ese suceso le hizo reaccionar, mirar atrás, mirar hacia nosotros.

Y le perdoné, a pesar de todo le perdoné. ¿Cómo no perdonar al que ha muerto y ha vuelto a la vida arrepentido?

Mi hermano, sin embargo, no hablaba, no perdonaba, miraba hacia el suelo. Puedo entenderlo, creo que puedo entenderlo.

Todo esto me ha hecho pensar en mi madre.

No sé qué coño le habría parecido a ella esta reaparición. Imagino que ella contaba con la posibilidad de que esto ocurriera.

Aunque no lo sé, ella nunca hablaba del asunto. Lo evitaba.

¿Pensaría en él los días antes de morir? ¿Le debió dedicar alguno de sus últimos pensamientos al tío que la abandonó sin ninguna explicación?

¿O quizás nunca hizo falta una explicación?

17.

HIJA.- Por fin, una mañana muy temprano mientras yo me arreglaba el pelo para ir a trabajar, después de semanas de espera, recibí una llamada extrañísima: «dígame su dirección, no pregunte más. Si quiere las cenizas no pregunte más». Y yo, que estaba todavía atontada por el sueño y nunca había recibido una llamada tan rara, dije: «Hilarión Eslava, 25, 5ºD».

Un tupperware y una nota. Eso me encontré al abrir la puerta de casa dos días después de aquella llamada.

«Siento mucho las molestias que les he causado, a veces uno no elige sus circunstancias. Algo iba mal en mi vida y esto fue una consecuencia. Un error más, el último. Nunca habría podido imaginar qué me llevaba. El jarrón lo perdí, pero conservé las cenizas. Espero que disfruten de su ser querido».

Cuando mis hijos se despertaron me vieron en un rincón de la sala hecha un ovillo agarrada a ese tupperware sin poder hablar -yo que nunca me había quedado sin palabras...-.

Uno de mis hijos llamó a mi hermano: «Tío, las cenizas están en casa, ven cuando puedas. Mamá no es capaz de hablar».

Yo estaba tomando una tila en la cocina cuando llegó mi hermano. Al ver las cenizas dentro de un tupper me preguntó qué coño era eso.

Antes de que pudiera contestarle ya había dado una patada a una silla que cayó con fuerza contra el suelo. Después leyó la nota y la rompió con rabia. Hizo falta que me viera llorar para que empezara a tranquilizarse. Ese maldito genio que tiene...

Aquel día no fuimos a trabajar, no éramos capaces. Nos quedamos los dos en la cocina mirando el tupper durante horas, sin hablar. Sólo de vez en cuando alguno decía: «no puede ser», «es increíble»... y después volvía el silencio.

Pero la humillación sólo acababa de empezar. Unos días más tarde volví a recibir una llamada extraña. Un hombre con un acento sudamericano, como de Colombia, o Bolivia o algo así, no sé, un acento de esos empalagosos, me decía que tenía nuestro jarrón, que lo había encontrado por casualidad en el lugar donde trabajaba.

Que no quería nada a cambio, me dijo, que sólo quería devolverlo para que pudiéramos despedirnos de nuestro familiar como es debido.

Cuando terminó de decir esas palabras me puse a temblar, sentía que las piernas se me doblaban, que no me podía sostener, tuve que apoyarme en la pared para no caerme.

Y colgué el teléfono.

18.

LIMPIADOR.- Me colgó.

Al cabo de un rato volví a llamar, pero ya no era una señora, sino un hombre con una voz que intimidaba.

Quedamos al día siguiente en una cafetería de la Plaza Santo Domingo para entregarle la urna. Yo quería que fuera un sitio con gente, por si acaso, no me generaba confianza el tono de voz de ese hombre.

Estuve a punto de no ir.

Pero al final decidí acudir, la convicción de no haber hecho nada malo hizo que me sobrepusiera al miedo. Dios estaba conmigo.

Lo primero fue un puñetazo. Después, ya en el suelo, recibí unas cuantas patadas que me hicieron retorcerme como si fuera un gusano partido por la mitad. Menos mal que ese salvaje iba con otros dos chicos que finalmente consiguieron reducirlo.

Estuve en el suelo hasta que llegó la policía, aquel imbécil me forzó a permanecer así, hincándome su rodilla en el cuello, hasta que por fin vinieron los agentes.

Lejos de ayudarme, la policía me introdujo en uno de sus coches y me llevó hasta la comisaría.

Allí me hicieron repetir varias veces la historia completa del jarrón. Cómo lo había encontrado, qué día, por qué razón me lo llevé...

Creo que por los golpes me dolía muchísimo la cabeza, escuchaba un pitido muy agudo en el oído.

Me dejaron llamar a Fabián y a Carlos para que ellos confirmaran mi versión. Una vez tomaron nota de sus testimonios por fin pude ir al hospital.

No voy a denunciar a ese hombre.

En realidad no quiero saber nada más de este país.

No quiero saber nada de la policía.

Tampoco de Fabián y Carlos y su maldita oficina.

No quiero volver a mirar a mi madre en una foto.

No quiero ser uno de esos rostros tristes que abarrotan los vagones de metro.

¿En qué me estaba convirtiendo? ¿Y todas las cosas que me había prometido? No ser uno de ellos... Sin embargo, un día, volviendo del trabajo, me dormí y cuando me desperté había dado la vuelta entera a Madrid. La línea circular, la línea que siempre volvía al mismo sitio.

Había caído en el círculo.

Me voy, estos papeles que llevo en la mano son mi renuncia.

Vuelo a Guayaquil dentro de cuatro días. No he avisado a nadie, no lo voy a hacer.

Quiero aparecer allí con la misma sencillez que el sol aparece en el cielo cada mañana, sin hacer ruido, sin molestar a nadie.

Llegar y decirle a mi madre «Mamá, soy yo, Ramiro, ya he vuelto de España».

HIJA.- Un mes bloqueados.

No sabíamos qué hacer.

Teníamos dos recipientes con cenizas, y puede que ninguno contuviera las cenizas de papá.

¿Qué había ahí realmente?

Sospechábamos, sólo podíamos sospechar, al menos alguno de los recipientes contenía una farsa, una estafa. Puede que los dos.

¿Qué hacer? Pues ignorar lo ocurrido, ignorarlo por un tiempo, hasta que dejara de hacer daño.

Guardé los dos recipientes en un armario. Y traté de olvidarme de ellos, traté de llenar mi tiempo con el trabajo, con las clases de pilates, con las amigas, con las preocupaciones de mis hijos -especialmente las preocupaciones de Mateo que después de su primer desengaño amoroso no quería estudiar más, y cada tarde había que recordarle la cantidad de mujeres que hay en el mundo, lo joven que era todavía, la necesidad de tener algún día un título universitario y lo imbécil que había sido su padre, aunque eso no tenía nada que ver, pero yo necesitaba recordárselo para que nunca se acabara pareciendo a él-

Y tras un mes tratando de retomar nuestras vidas, tras

un mes ignorando el interior de ese armario de la casa, mi hermano decidió que había llegado el momento de hacer algo.

«No sé qué coño hay ahí adentro, en realidad eso es lo de menos, puede que estén los restos de papá y puede que no. Pero para nosotros está nuestro padre y eso es lo que importa».

Para nosotros está nuestro padre y punto, así zanjó la cuestión mi hermano. Él ya había tomado una decisión, volver a nuestra idea inicial de ir a Torremolinos a esparcir en el mar lo que quisiera que hubiera dentro de esas dos urnas.

De todos modos, empezaba a convencerme de que tendríamos a papá en la cabeza y eso era lo importante.

Así que una mañana de noviembre, sin prepararlo demasiado, nos subimos al coche mi hermano y yo solos y nos fuimos rumbo a Torremolinos.

Las dos urnas y nosotros, bueno, el tupper, la urna y nosotros. Mis hijos estaban en el instituto.

Durante la primera hora de trayecto no hablamos apenas. No teníamos ganas, una sensación extraña nos dominaba a los dos.

La conversación empezó cuando empezaron los problemas. Es decir, en un punto indeterminado de la A-4 entre Manzanares y Valdepeñas.

Mira que me gusta el vino de Valdepeñas. Un par de copitas con la comida...

Comenzó a nevar como yo nunca había visto nevar. La primera nevada del año nos cogió en mitad de la autopista, sin cadenas, sin ningún tipo de preparación para la nieve.

Es cierto que cuando salimos de Madrid el cielo tenía un color blanco brillante que muy pocas veces había visto. Pero pensé que quizás tuviera que ver con lo especial del día. No imaginé que se estaba gestando una gran nevada, mi hermano tampoco lo imaginó, estábamos tan obsesionados con la idea de ir cuanto antes a Torremolinos que a ninguno se le ocurrió mirar la previsión meteorológica.

Conducir se hizo en pocos minutos imposible, así que mi hermano cogió la primera salida que pudo y paró el coche junto a unos viñedos que llegaban hasta el horizonte.

«Nos quedaremos aquí hasta que pare un poco». Pero cada vez nevaba más y el paisaje se volvía más blanco.

Al principio los copos caían sobre el cristal con delicadeza, lentamente. Pensé en las cenizas, la nieve y la ceniza eran una misma cosa cayendo desde el cielo. Podía ver la cara de papá. Después el cristal fue cubriéndose, y las cenizas que caían en mi imaginación se convirtieron en una gruesa y compacta capa de nieve que no nos permitía ver nada.

Según pasaba el tiempo el panorama empeoraba, los viñedos se habían vuelto blancos, la carretera no se veía, ningún coche pasaba por allí.

Y entonces mi hermano estalló, toda su tensión acu-

mulada durante semanas reventó y comenzó a maldecir a todos y cada uno de los copos de nieve que había en el cielo.

Ni siquiera intenté calmarlo. Conozco bien a mi hermano, cuando está así es mejor no decirle nada, dejar que pase su ira poco a poco.

Pero entonces hizo algo que no esperaba. Salió a toda prisa del coche, «¿dónde vas, dónde vas?», cogió las dos urnas del maletero, bueno, la urna y el tupper, y se fue corriendo hacia el campo nevado.

Antes de que pudiera interceptarlo ya había vaciado las dos urnas, agitándolas con violencia en el aire, gritando como un loco. No escuchaba bien lo que decía, sólo algunas palabras sueltas: «Torremolinos», «hostias», «a la mierda», «papá».

Todo había acabado.

Y entonces, como si nuestro cansancio estuviera escrito en alguna parte, separados por escasos metros, los dos caímos de rodillas sobre la nieve e inclinamos nuestra cabeza hacia el suelo.

Y nos quedamos en absoluto silencio.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero el color de la ceniza y el de la nieve se mezclaban en mi cabeza y ya no podía pensar en otra cosa.

Papá se había convertido en un color indeterminado y un paisaje inmenso.

HOMBRE SIN CABEZA.- Me voy.

Ha llegado el momento.

El momento de devolver la cordura a mi vida. Así que en realidad no sé si me voy o estoy volviendo.

Como un animal que siente miedo y sale corriendo campo a través.

Todo se desajustó.

He necesitado muchos años para olvidar ese miedo.

Todo iba muy rápido, me estaba haciendo mayor sin darme cuenta y salí corriendo.

Correr, esa fue la única solución que encontré.

Me voy a México, a Colima. Tengo un amigo al que le ha ido bastante bien allí y me ofrece un trabajo decente. Un trabajo con coches de alquiler, es un trabajo sencillo, nada complicado. Pero quiere a alguien de confianza. Lo más sorprendente es que yo pueda generar confianza en alguien, supongo que lleva tantos años allí que no sabe muy bien qué ha sido de mi vida. O quizás sí lo sepa y por eso mismo me ofrece a mí esta oportunidad y no a ningún otro.

Nunca he estado en Colima. Parece que es un lugar tranquilo donde hace calor todo el año y donde no ocurren muchas cosas. Justo lo que necesito. Sólo a

veces, un volcán que tienen, parece que entra en erupción para sacar a la gente de su sopor tropical.

La nieve se queda aquí. No quiero saber nada de la nieve.

Ya les he dicho a mis hijos que me marchó. Bueno, en realidad se lo he dicho a mi hijo, al único que me habla. Pensaba que se enfadaría, pero no. Se quedó callado unos segundos y después comenzó a hablar: «Yo también me quiero ir, a veces paso días enteros en silencio y tengo la sensación de que esos días no han existido... Pero no te preocupes, no me voy a ir contigo. Llevo un tiempo con esa idea en la cabeza, sé que me tengo que ir a cualquier sitio. A veces es necesario cambiar todo a nuestro alrededor para que parezca que es uno mismo el que ha cambiado».

Después me dijo algo del mundo, de los griegos, no entendí muy bien, algo de salir volando o no sé qué, como si la Tierra se hubiera vuelto loca y pareciera una noria fuera de control.

A mí, sin embargo, me vino a la cabeza la primera jugada del billar, la más importante, la que determinará el resto. Ese momento en que golpeas con toda la fuerza de la que eres capaz y cada bola sale disparada hacia un punto inesperado. Mientras pensaba eso él dijo algo de su madre, creo que era un reproche.

Debe ser difícil para ellos, pero no quería desaparecer sin que supieran que sigo aquí, que espero poder ayudarles algún día. Ahora saben dónde estoy, si quieren pueden venir.

No tengo miedo y me sorprende. Es como si después de muchos años tirado en el suelo por fin me hubiera puesto de pie.

Siento por fin que dar un paso es avanzar.

Se acabaron los relatos de nieve.

Me voy.

O estoy volviendo, qué más da.

21.

LIMPIADOR.-Vuelvo a Ecuador, pero todavía me queda algo por hacer.

No me voy a ir así.

Yo no me he rendido, al contrario.

Sé que dios me acompaña, que está conmigo.

Un vagón de metro.

Y yo en mitad del vagón, erguido.

¿Que qué hago?

Vengarme de la tristeza.

Un tren que se ha vuelto loco, que hace eternamente el mismo trayecto, que vuelve siempre al mismo punto.

Línea 6.

La gris.

La línea circular, las tripas de Madrid.

Cedí a la tristeza, me dije que nunca ocurriría y ocurrió.

Pero estoy cambiando algo, modificando mi suerte.

29 paradas.

Una hora y media para dar una vuelta completa.

Una, dos, tres, cuatro...

29 paradas de pie.

Una hora y media de pie, sin moverme, en el centro del vagón, mirando directamente a todos los viajeros que van entrando y saliendo.

Y sonrío.

Por supuesto que sonrío.

Soy un hombre que sonrío.

No podríais creer cómo sonrío.

Es una sonrisa abrumadora.

Tan amplia que podéis contar uno por uno todos los dientes de mi boca.

Sí, sé lo que estáis pensando.

Pero no estoy loco, sólo estoy viviendo, sólo estoy dejando atrás la tristeza.

Sonrío.

Estoy sonriendo. 29 paradas. Una hora y media.

Soy un hombre que sonrío.

Soy un hombre.

22.

CHICO JOVEN.- Mi hermano dijo «hace un frío que te cagas». Y era verdad que hacía frío. Mucho.

Le pedí que aguantara al menos una hora. Yo sentía una especie de calma o ilusión por estar allí.

Él parecía no comprenderlo, parecía no comprender que aquel lugar le gustaba a mamá.

«Deberíamos venir con más frecuencia».

A él no le importaba la frecuencia, le importaba que viniéramos cuando no hiciera frío.

Pero otoño era el momento. La época en que migran las aves. Es cuando a ella le gustaba venir.

Cinco años ya. Nos cuesta creerlo. Cinco años.

A veces pienso en ella como si todavía estuviera viva. Pienso por una milésima de segundo: voy a decirle... Y luego me acuerdo de que no está, de que es imposible decirle. La memoria tiene huecos que cuesta llenar, es como si algo se resistiera dentro de nosotros.

Le pregunté a mi hermano si sabía por qué siempre nos llevaba a ese lugar. No lo sabía, creía que mamá hacía ese tipo de cosas, simplemente.

Nunca le ha inquietado que siempre viniéramos al mismo lugar, a la misma porción de campo, al mismo pedacito desolado de la inmensa Castilla.

¿Pero por qué no íbamos un kilómetro más allá o hasta la cima de aquel montículo?

«Debió de echar aquí algún polvete cuando era joven», eso es todo lo que fue capaz de decir mi hermano. No es un tío estúpido, pero le gusta hacerse el estúpido. Disfruta pasando por la superficie de todos los asuntos, es como si nada fuera con él.

No sabe el motivo real, yo sí.

Fui a despedir a mi padre al aeropuerto, una despedida rápida, extraña. Pero tuve tiempo antes de que se fuera a México para preguntarle alguna cosa que mi madre nunca explicó.

¿Por qué íbamos hasta ese lugar con ella? ¿Qué quería decirnos mamá con eso? ¿Por qué él nunca venía?

Y lo sabía, claro que lo sabía.

Todo tiene relación con nuestro abuelo.

Nuestro abuelo murió cuando éramos muy pequeños.

Nosotros sabíamos que algo raro rodeaba a la muerte del abuelo, nadie nunca nos había dicho: al abuelo le ocurrió esto. Era como si no hubiera muerto de nada, como si simplemente hubiera desaparecido.

Por lo visto solía venir a cazar por esta zona. Le gustaba hacerlo.

Recuerdo que cuando vaciamos la casa de nuestra abuela había un par de escopetas, muchos libros de caza y otras cosas que no sé para qué servían.

Una de esas mañanas que vino a cazar, una mañana aparentemente normal, se voló la cabeza. Sin avisos,

sin amagos previos, sin problemas que alguien conociera, sin carta de despedida, nada.

Se voló la cabeza y listo.

Un pastor encontró el cadáver tres días después. La nieve casi lo había sepultado.

A mi hermano le costó creerlo, pone en duda cualquier cosa que venga de nuestro padre.

Pero sé que es cierto, nada más me lo contó lo entendí todo.

Principios de enero de 1989 o 1990, un fin de semana que nevó muchísimo.

«Nos traía entonces para echarle en cara que hiciera aquello»

Creo que mi hermano está equivocado.

No creo que mamá echara nada en cara a nadie, creo simplemente que había cosas que no entendía y a las cuales sólo podía responder con ciertas conductas mecánicas. Igual que esos pájaros que atraviesan el cielo, como si algo que no pudiera entender la llevara a moverse.

Quizás era un modo de seguir hacia adelante. Nos llevaba al mismo sitio año tras año, como si quisiera presentarnos ante su padre, mostrarle tal vez hacia dónde seguía la vida.

«Nunca seas padre, está claro que los padres en nuestra familia no funcionan». Eso dijo mi hermano, pero yo ya estaba pensando en otra cosa.

Cuando nieva ocurre algo extraño, es como si todos los sonidos disminuyeran. No sé, es un efecto meteorológico raro. Parece que las partículas de nieve atrapan a las partículas de aire que transmiten el sonido. Y eso hace que se genere una sensación de silencio mientras la nieve está cayendo.

Me lo dijo una chica con la que me acosté una noche. No me acuerdo qué estudiaba, pero le encantaba seguir la evolución de las borrascas, los huracanes y todo ese tipo de fenómenos meteorológicos. Me lo contó mientras desayunábamos al día siguiente. Podía haberla vuelto a llamar, pero no lo hice. Nunca lo hacía.

Me acordé inmediatamente de ello cuando mi padre explicó la muerte de mi abuelo.

No pude evitar imaginarlo. Allí plantado, él solo, una mañana cualquiera de invierno, con su escopeta de caza.

¡Pum!

A la mierda con todo.

Y nadie lo escuchó.

La nieve caía, un disparo sordo, un disparo que nadie pudo escuchar. Un ruido seco atrapado por la nieve.

¿Existe un sonido que no escucha nadie?

¿Muere alguien al que nadie escucha morir?

No sé, quizás ese era el tipo de cosas que pensaba mi madre cuando nos llevaba hasta esa porción perdida de campo.

23.

Ahora alguien debería probar a lanzar un boomerang, a ver si vuelve.

Agradecimientos

Muy pobres tendríamos que ser para que un libro no supusiera también el cariño y la ayuda de mucha gente. Me gustaría acordarme ahora de todos ellos.

De Mila que me regaló la nieve y el silencio cuando en su vida caía nieve y silencio.

De Marta por traerme un montón de boomerangs.

De Javier Pérez, Miguel Rojo, Paz Palau, Juan Gómez Bárcena, Andrés Almada y Alejandro Ricaño por darme las pistas para continuar esta obra.

De Marta Muñoz por hacer sencillo en una imagen lo que no es sencillo en mi cabeza.

De Paco Gámez y Almudena Ramírez-Pantanella que se convirtieron en amigos gracias a este programa.

De Mayte Mancha y Vicente Alberto Serrano por estar ahí siempre que se les necesita.

De Carol porque nunca desaparece.

Por último, quisiera agradecer al INAEM la creación y el mantenimiento del Programa de Desarrollo de Dramaturgias Actuales, sin propuestas así escribir teatro en España sería un poco más difícil.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

inaem

INSTITUTO NACIONAL
DE LAS ARTES ESCÉNICAS
Y DE LA MÚSICA